

y qué vejatorios eran para los pobres los derechos parroquiales. Los bienes del clero aplicados á obras de utilidad pública hubieran enriquecido á la nación, mejorado su comercio é implantado su industria; aplicados á obras de beneficencia hubiera mejorado la condición de los pobres aliviando muchas de sus miserias. Mas no era así, se consumían en obras estériles que en nada favorecían á la comunidad. Estudiemos ahora tales bienes desde el punto de vista económico y sociológico y veremos, que también considerados así eran nocivos y opuestos al adelanto y prosperidad del país.

CAPITULO VI.

Hechos y Conceptos.

LA SOCIOLOGIA MEXICANA Y LOS BIENES ECLESIASTICOS.

I.

Cuando el Cura Hidalgo, padre de nuestra Independencia, la proclamó en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, cuando Don Agustín de Iturbide la consumó en 1821, creían firmemente los mexicanos que una nación próspera, poderosa y rica iba á surgir de aquellos acontecimientos. El Barón de Humboldt, en una obra inmortal, había ponderado las grandes riquezas del suelo mexicano. El Gobierno español, después de cubrir todos los gastos de administración del Virreinato de la Nueva-España con los fondos recaudados en ella, y después de cubrir con los mismos fondos gastos de otros Virreinos y Capitanías Generales de sus vastas posesiones de América, recojía de este florón, el más rico de su corona, un producto líquido anual de cinco á seis millones de pesos que iban á enriquecer las exhaustas arcas de su tesoro.

Los peninsulares venidos de España hacían aquí fortunas colosales explotando las ricas vetas metalíferas que surcan el territorio. Guanajuato, Zacatecas, Fresnillo, el Real del Monte, Pachuca, Tasco y otros lugares, eran veneros inagotables del rico metal, y formaban una corriente incesante que fluía hácia la metrópoli y arrastraba, no arenas de oro como el padre Tajo, sino millones de pesos fuertes. El territorio de la Nueva-España era vastísimo, se extendía por el Norte hasta las desiertas é inexploradas tierras que confinaban con la Nueva California y el territorio de Nuevo-México, y hasta las fértiles regiones situadas allen-

de Texas. En 1819 se firmó por Don Luis de Onís, representante de España, el tratado de límites con los Estados Unidos y la línea divisoria alcanzaba hasta el paralelo 42. Al comenzar el siglo XIX México era la ciudad más poblada del Nuevo Mundo, así como la más opulenta y bella; podía pues el Pensador Mexicano hacer decir sin jactancia al héroe de su popular novela que había nacido en México capital de la América Septentrional.

En el inmenso territorio del Virreinato de la Nueva-España, constituido en Nación Mexicana, se encontraban todo género de climas; los cálidos, propicios á la caña de azúcar, del café, de la vainilla y del tabaco, que estancado por el Gobierno producía cuantiosas rentas; los templados y los fríos, propios para el cultivo de árboles frutales preciados y de ricos cereales; en los frondosos y tupidos bosques, en que abundaba el territorio, se producían con exhuberancia árboles que suministraban maderas preciosas; aún en lugares salobres, impropios para el cultivo, había riquezas que explotar, ricas salinas que producían cuantiosos beneficios.

Animales, y plantas muy útiles y de gran precio, se producían en abundancia en distintas zonas del país. La raíz de Jalapa, preciada materia purgante se cosecha en el Estado de Veracruz, el ricino cría en su carnoso fruto un aceite dotado de propiedades evacuentes; el guayacán suministra su palo depurativo, y en la península yucateca el palo de Campeche brinda materia colorante tan preciada, que los ávidos ingleses se establecieron para cortarlo, y á pesar de la celosa suspicacia del régimen colonial, á orillas del río Wallis; de ese establecimiento había de proceder el moderno Belice. Cerca de la Capitanía General de Guatemala, en los muy fértiles y poco explorados terrenos de Chiapas y Tabasco, crecían diferentes plantas del género indigófera productoras de añil; en la Intendencia de Oaxaca, á modo de excrecencias ó verrugas formadas en el nopal, se daba el precioso producto llamado grana ó cochinilla, que las investigaciones del Padre Alzate, demostraron ser un insecto del género cocus; la grana se exportaba en zurroneos en cantidades considerables que producían al fisco notables entradas.

En resumen, el país era muy rico, pero esta riqueza la explotaba para su exclusivo provecho el ávido español, el ibero insaciable, el gachupín altanero, único que tenía acceso á los cargos públicos, á las dignidades eclesiásticas y que era dueño de minas y haciendas; al criollo, al mestizo, en una palabra, al hijo del país, no le quedaban más que sus dos brazos para arar la tierra ó trabajar en las minas; si era inteligente y cultivaba su espíritu no podía aspirar más que al laborioso y humilde cargo de cura de almas, ó al muy pobre de capellán; el escaso sustento era procurado en el primer supuesto por las obvenciones parroquiales, por derechos de estola, y en el segundo por la magra renta de

un capital de tres mil pesos. Peón en los campos, cura en las aldeas, trabajador en las minas, criado doméstico en las casas de la ciudad ó lépero en sus calles: hé aquí cuáles eran los mezquinos horizontes que, bajo el régimen colonial se abrían ante los hijos del país.

Por tanto, al consumarse la Independencia una ráfaga henchida de júbilo batió sus alas inquietas en el alma agostada de criollos y mestizos. Iban á constituir un país grande, poderoso, una nación rica y próspera, iban á ser iguales al español, iban á ser sus superiores puesto que eran dueños de la casa y el español no sería más que un advenedizo. Los pechos respiraban con avidez como libres de un gran peso, del peso enorme de tres siglos de opresión política, legal y social; los hijos de esta tierra iban á desquitarse del servilismo ejerciendo la soberanía, iban á dar la ley cuando hasta allí la habían obedecido sin chistar.

Y las montañas de plata extraídas de nuestras minas se quedarían aquí para nuestro beneficio, y se implantarían las industrias que la codiciosa España había vedado, y se cultivarían el olivo y la vid prohibidos bajo el régimen español, y comerciaríamos con todo el mundo, y trataríamos de igual á igual con todas las potencias.

Y el alma de los mexicanos se dilataba y volaba por las regiones del ensueño, imaginándose que era todo uno cortar la dependencia de España y constituir por ese solo hecho una nacionalidad dotada de gran empuje y de viril aliento. ¿Por qué no? ¿No teníamos cerca de nosotros el ejemplo de los Estados Unidos, que no hicieron más que emanciparse de Inglaterra y fundar acto continuo una nación cuyos progresos eran asombrosos? Nosotros seríamos más grandes que ellos, porque nuestros elementos eran iguales y acaso mejores que los suyos; nuestro clima era más suave, nuestro suelo era más fértil, nuestras producciones más variadas, é incalculable la riqueza de nuestras minas.

II.

El halagiieño panorama trazado antes tenía, sin embargo, manchas negras, aspectos sombríos, que no se notaron en los primeros días de la Independencia, en la hermosa luna de miel de México con la libertad. Mas á poco fueron haciéndose perceptibles, desvaneciéndose y borrando el hermoso ensueño de grandeza. Nuestra riqueza era superficial y aparente, vista de cerca era más bien pobreza; muchos y muy distintos factores se oponían á que progresásemos, el geográfico, el demográfico, el histórico, y aun las

dolorosas y terribles circunstancias en que se llevó á cabo nuestra emancipación, no nos colocaban, antes bien, nos desviaban del rumbo de la prosperidad.

Nuestro territorio era vastísimo, sí, pero estaba apenas poblado. Los centros de población, colocados á gran distancia unos de otros, no estaban ligados por caminos practicables que hiciesen fácil el tráfico, y la configuración especial del suelo mexicano, que partiendo de ambos mares se va elevando hasta formar altiplanicies comprendidas entre mil doscientos y dos mil seiscientos metros de altura, si bien tenía la ventaja de hacer variado el clima, tenía muy grandes inconvenientes que neutralizaban tal ventaja. Las dos grandes cordilleras que, una al oriente y otra al poniente limitan la altiplanicie mexicana, eran valladares de roca que hacían dificultoso el acceso á la costa, dando á los caminos una inclinación muy rápida. Esta especialísima configuración tenía otra consecuencia, la falta de grandes ríos de cauce regular, de curso lento, que sirviesen de medios de comunicación, y fecundizasen el suelo con el ósculo suave de sus fertilizantes linfas. Nuestros ríos eran torrentes de impetuosa, irregular y rápida corriente; desbordados y amenazadores en la estación de aguas, reducíanse mucho y á veces desaparecían en tiempo de seca.

El régimen hidrográfico propio del suelo mexicano ha influido considerablemente en la configuración y en la fertilidad del terreno. Las corrientes de agua corren en el fondo de profundas barrancas, circunscritas por agrias y empinadas cuevas que, como hondas simas, quiebran el terreno é interceptan los caminos. El carácter torrencial de tales corrientes deslava las tierras arrastrando el humus y dejando la parte compacta y dura; hasta la suavidad del clima, que á primera vista parece una gran ventaja, es un inconveniente serio para la agricultura. En la mesa central es frecuente observar heladas fuera de la estación de invierno, las cuales perjudican mucho al labrador; además, la falta de nieves priva á la tierra de la humedad que la impregnaría hasta gran profundidad, y que es tan útil en la germinación primaveral. La meseta central, que se extiende, conservando mucha altura, hasta más allá de Zacatecas, va poco á poco bajando hasta las márgenes del Bravo del Norte, más allá del cual comienza la gran llanura norte-americana, regada por fértiles aguas, surcada por numerosas corrientes, recorrida por caudalosos ríos que sirven tanto al comercio del hombre como al cultivo del suelo.

Al consumarse la Independencia nos pertenecía una gran parte de esa gran llanura, la alta California, el Nuevo-México y Texas eran territorios mexicanos; pero esas regiones estaban despobladas, se hallaban á gran distancia de la Capital, ni siquiera teníamos idea de lo que valían y al fin otros más hábiles se las apropiaron.

El factor geográfico nos era pues, hostil, mientras que era muy favorable á la nación americana facilitando la distribución regular de la población y el cultivo del suelo. Nuestros vecinos del norte se concentraron primero en una zona angosta y larga que se extiende á lo largo del Atlántico, y en ella asentaron los trece Estados primitivos de la Unión que fueron el núcleo de su hercúlea nacionalidad. De esta zona, y con la regularidad de un ejército en marcha, fueron poco á poco extendiéndose hácia el poniente y hácia el sur, traspasaron los Alleganis, llegaron á la gran pradera, poblaron las márgenes del Ohio, del Mississippi y del Missouri, hasta llegar á las Montañas Rocallosas, traspasarlas y alcanzar el Far West. Pero en este desalojamiento lento y continuo iban cultivando la tierra y haciéndola productiva, estableciendo vías de comunicación fluviales y terrestres, no dejaban detrás de sí enormes desiertas y estériles soledades.

El mismo factor geográfico, tratándose de los Estados-Unidos, favoreció en ellos un elemento de prosperidad que impidió y dificultó en nosotros. Nos referimos á la inmigración. Las costas atlánticas americanas son muy accesibles, se encuentran recortadas por multitud de cómodas bahías, de hermosas ensenadas, de rías profundas y gozan de excelente salubridad, circunstancias todas que favorecen y facilitan el arribo de las naves. No sucedía lo mismo con las nuestras, colocadas en el fondo de un enorme golfo de difícil navegación, á doble distancia de Europa que las costas norte-americanas. Eran malsanas, pues el vómito negro y el paludismo diezaban á sus habitantes, eran de acceso difícil, y carecían de verdaderos puertos, pues el de Veraacruz no era más que un mal fondeadero que exponía las embarcaciones al furor de los nortes. Sólo en las costas del Pacífico poseíamos buenos puertos, pero éstos no estaban en las vías de la inmigración.

El factor demográfico no oponía menos dificultades que el geográfico á nuestra prosperidad. Hablamos ya en otro lugar de lo heterogéneo de nuestra población, formada de criollos, de indios y de castas separados por obstáculos legales y por el abismo de las preocupaciones. La guerra de Independencia produjo el gran bien de mezclar estas castas y de borrar las huellas de su división; pero no las fundió en una población homogénea y compacta, sino que las confundió en un vasto hacinamiento de individuos sin patrimonio y sin trabajo seguro.

A su vez el factor político pesó con mano dura sobre nosotros, impidiéndonos constituir el país sobre las bases sólidas del equilibrio económico y de la regularidad administrativa. Del alejamiento de los negocios públicos á que, durante el régimen colonial, se vieron reducidos los hijos del país, resultó que, al ser independientes y gobernarnos por nosotros mismos, carecíamos de

la pericia que da el comercio directo de los negocios, nos faltaban hombres de Estado, y las personas ilustradas, que eran pocas, adolecían de falta de práctica, pues su saber era puramente de gabinete.

Clérigos jansenistas, abogados, escritores y literatos suministraron el contingente de hombres públicos que, en los primeros años de la Independencia, necesitó México para administrar sus intereses. Los resultados fueron desastrosos, como con desgarradora elocuencia lo demuestra nuestra historia. Quebrantado el sistema de Hacienda establecido por los españoles, nuestras rentas públicas quedaron sin base, se contrataron onerosos empréstitos con dos casas de Londres y se derrocharon locamente los fondos con no poco gravamen adquiridos. El Gobierno mexicano quedó condenado desde entonces á una penuria hacendaria extremada, los aranceles se dictaron á influjo de un proteccionismo rayano en prohibición, el contrabando tomó extraordinarias creces, la bancarrota fué el estado habitual de nuestra hacienda, y la anarquía política y administrativa fué asimismo el estado habitual de nuestros gobiernos.

III

Las condiciones en que se inició nuestra Independencia eran también un obstáculo poderoso para que México cimentase sólidamente sus destinos, y avanzase resueltamente por la senda de la prosperidad. El movimiento emancipador tomó el carácter de insurrección, tenaz y porfiadamente sostenida por los insurgentes, enérgica y á veces cruelmente reprimida por la autoridad. No pudiendo contar el cura Hidalgo con los españoles peninsulares, dueños de todos los bienes, de todas las comodidades, y que se encontraban tan bien con el régimen de la dependencia, tuvo que echar mano de los pobres, de los vejados, de los oprimidos con el peso abrumador de tres centurias de espantosa desigualdad, y en cuyas almas por atavismo secular, se condensaban en insaciados apetitos y siniestro despecho los vejámenes de tres siglos.

Las huestes de Hidalgo fueron turbas, sus batallas campales, el choque ciego de enormes masas, irreparables sus derrotas, y la entrada á las ciudades era á menudo seguida del destructor saqueo. Dispersas las primitivas masas de insurgentes, sacrificados los ilustres caudillos que promovieron el movimiento, cambió éste de aspecto, sin dejar de ser terrible, sanguinario y cruel. La guerra se trocó en guerrillas, los insurgentes se frac-

cionaron en partidas, que, dispersadas por aquí se reunían por acullá, refugiándose en fragosas sierras, en cerros empinados, en selvas impenetrables donde la persecución era imposible.

A los buenos, á los que anhelaban el bien, á los que sacrificaban quietud y vida por emanciparnos de España, al intrépido Galeana, al ilustre Matamoros, á Morelos el incomparable, se asociaron los ávidos, los seres de instintos feroces y crueles que manciaron la santa causa de la Independencia, para robar, saquear á mansalva, y saciar las fieras pasiones que, como torvos vapores se habían condensado en su alma á influjo de la opresión y de la ignorancia. Así surgieron, como ensangrentados espectros del bandidaje, el terrible Osorno y el cruel Bocardo que sembraban por donde iban la desolación y el terror.

Once años duró esta guerra despiadada, cruel y destructora, y en ella se arruinaron muchas fortunas, se cegaron muchas fuentes de riqueza. Las minas dejaron de ser explotadas, y las muy ricas de Guanajuato se inundaron, suspendieron definitivamente sus labores, originándose una catástrofe en que se arruinaron familias opulentas que á la miseria quedaron reducidas. La Agricultura no sufrió menos, los campos eran recorridos por partidas armadas que destruían las siembras, que se apoderaban de las cosechas, que echaban mano de los animales, y entraban á saco en la casa de la hacienda.

Por tanto, al consumarse la Independencia, y cuando los primeros Gobiernos de México libre creían que iban á administrar un país opulento, henchido de riquezas y halagado por mil prosperidades, administraban en realidad un país desolado, un país en ruinas, un país despoblado, sin brazos que cultivaran la tierra, sin capital que diera impulso al trabajo.

Aún sin las recias y sangrientas convulsiones de la guerra de Independencia, aún suponiendo que la emancipación se hubiese llevado á cabo sin ellas, y que todo el movimiento de Independencia hubiese sido efecto de una transacción hábil, de una componenda artificiosa como el Plan de Iguala, aún en este supuesto, México al comenzar su vida independiente, tampoco hubiera estado en camino de ser una nación próspera y afortunada, que no hubiera tenido más que seguir caminando para avanzar en el sendero de las aventuras.

La prosperidad del Virreinato de la Nueva-España era aparente, sólo era real para los que se aprovechaban de la situación; los grandes comerciantes, los miembros de los consulados, los altos funcionarios, Virreyes y Oidores, los Obispos y Prebendados eclesiásticos, los Inquisidores, en una palabra, los que explotaban el régimen colonial gozaban de opulencia y bienestar. Pero la multitud, la masa, el rebaño explotado, la grey esquilmada, los seis millones de seres, en que el Consulado, en su Representación

á las Cortes de Cádiz, estimaba la población de la Nueva-España, los tres millones de indios considerados por las leyes como menores é incapaces, las castas infames cuyos individuos pasaban de un millón, éstos sí que no tenían motivo para considerarse dichosos bajo el régimen colonial, que no fué más que un artificio ingenioso para asegurar la prosperidad y cuantiosas riquezas de unos cincuenta ó sesenta mil peninsulares, sobre la miseria y desventura de seis millones de criollos, mestizos y mulatos.

El Sr. Alamán ha pintado con deleite el cuadro, deslumbrador á sus ojos del régimen colonial; mas él pertenecía á los escogidos, á los acaudalados; su familia participaba de los ricos productos de una mina de Guanajuato y quedó arruinada por la guerra de Independencia. El que desapasionada y friamente estudia las cosas, se convence que, dada la estructura social del Virreinato, tendría que venir con la Independencia una situación difícil y angustiosa, y que sería preciso, no sólo administrar, sino rehacer la nueva nacionalidad, ya que el Virreinato sólo había hecho una colonia explotable por unos cuantos. No fué la guerra de insurrección lo que arruinó á la nación futura, los elementos de ruina venían de lejos, acaso la guerra de insurrección los agravó, mas no los engendró.

Deben tenerse por hechos bien comprobados los siguientes: que había escasez de numerario, que la agricultura estaba muy atrasada, que la condición de los labradores era lamentable, que la industria era rudimentaria, que el comercio, exceptuando las grandes casas que ejercían el monopolio, era miserable y raquítrico, y por tanto que la decantada prosperidad del Virreinato era sólo aparente. En apoyo de todo esto citaremos algunos pasajes tomados á los escritos del ilustre Don Manuel Abad y Queipo, el testigo no puede ser más inteligente, más conocedor del asunto, ni menos sospechoso.

En la "Representación" sobre la inmunidad personal del clero. . . ." que formó por encargo del Illmo. Sr. Don Fr. Antonio de S. Miguel, su predecesor en la mitra michoacana, dice el Sr. Abad y Queipo en el párrafo 105 del documento: "¿Se dirá, que para conservar el pueblo en la subordinación á las leyes y al Gobierno basta el temor de las penas? Dos clases, dice un político, hacen vano este resorte: la de los poderosos que rompen la red, y la de los miserables que se deslizan entre sus mallas. Si en Europa tiene lugar esta máxima, ella es mucho más poderosa en América, en donde el pueblo vive sin casa, sin domicilio, y casi errante. . . . Ellos, (los sacerdotes) son también los que deben tener y tienen en efecto más influjo sobre el corazón del pueblo, y los que más trabajan en mantenerlo obediente y sumiso á la soberanía de V. M. Y por tanto vienen á ser el móvil más poderoso para reunir al Gobierno las dos clases miserables, que